

Discord no derrocó ningún gobierno, fue la gente

Las plataformas no son sujetos, las generaciones tampoco. Los que toman las decisiones son las personas, individualmente. Los movimientos colectivos son la expresión de un conjunto de voluntades que se organizan, se expresan y actúan.

Por Juani Belbis

Cuando 145,000 usuarios de Discord votaron por la próxima primera ministra de Nepal hace unas semanas, los titulares fueron predecibles: “Discord elige primer ministro”, “La revolución digital llega a Asia”. Como si la plataforma misma hubiera tomado la decisión.



Mientras tanto, en Utah, Tyler Robinson usaba Discord para confesar el asesinato de Charlie Kirk: “Fui yo, lo siento por todo esto”. La misma plataforma. Usuarios diferentes. Intenciones opuestas.

Y aquí está el problema con nuestro discurso sobre tecnología y política: **estamos atribuyendo agencia a las plataformas cuando deberíamos estar analizando a las personas que las usan.**

No deberíamos preguntarnos “¿qué plataforma causó esta revolución?” sino “¿quién la usó, cómo, para qué fin y en qué contexto político?”. Porque la respuesta revela mucho más sobre poder, organización y cambio social que cualquier análisis de algoritmos o interfaces.

El mito del determinismo tecnológico

Llevamos dos décadas cayendo en la misma trampa. Cada protesta recibe el nombre de la red social de moda: la “Revolución Twitter” de Irán 2009, la “Revolución Facebook” de Egipto 2011, las protestas “TikTok” de Kenia 2024.

Esta narrativa es simple y quizás reconfortante. Nos permite evadir preguntas más difíciles sobre poder, organización y estrategia. Es más fácil decir “Discord eligió a la primera ministra” que analizar por qué 145,000 personas decidieron organizarse, qué contexto político las empujó, y cómo tradujeron esa coordinación digital en poder en las calles.

Aquí está la cuestión: **las plataformas no son neutrales.** Tienen dueños con agendas. Elon Musk compra Twitter y cambia políticas de moderación. Meta modifica sus mecanismos de verificación del discurso. Los algoritmos tienen

sesgos, las arquitecturas favorecen ciertos usos. Pero — y esto es crucial — **lo que importa es el uso que los ciudadanos les dan a esas plataformas**, que frecuentemente va en direcciones completamente diferentes a las intenciones de diseño o los deseos de sus dueños corporativos.

Las plataformas no son sujetos. No “causan” revoluciones. Son infraestructuras con sesgos y limitaciones que las personas usan estratégicamente para fines que los creadores nunca imaginaron.

Marzo 2004: El martillo español

Atentado en Atocha. El gobierno de Aznar culpa a ETA cuando la evidencia apunta a Al-Qaeda. La noche del 13 de marzo, millones de SMS circulan:

“Aznar de rositas? ¡No! Hoy 13M, 18h, sede PP, sin partidos. Silencio por la verdad. ¡Pásalo!”

Manifestaciones masivas. Al día siguiente, el PSOE gana.

¿Fue una “Revolución SMS”? No. Fue gente enfurecida que tomó la infraestructura de comunicación disponible — diseñada por telecomunicaciones para mensajes personales — y la repurposeó para organización política masiva.

Lo importante no fue el SMS. Fue la voluntad organizada de miles que decidieron actuar.

Chile 2006: Fotolog no organizó nada

Más de 600,000 estudiantes secundarios paralizan Chile exigiendo reformas educativas. La “Revolución Pingüina” llena Fotolog, la plataforma adolescente de moda en Latinoamérica, con fotos de protestas y comentarios solidarios.

Los medios: “Fotolog organiza las protestas”.

La realidad: Fotolog era el **espacio de canalización** donde los estudiantes construían identidad colectiva y mostraban su movimiento. La organización real ocurría en SMS entre delegados de curso, emails de federaciones estudiantiles y reuniones cara a cara.

Fotolog amplificaba. No organizaba. Y esa distinción revela algo fundamental: **las herramientas de difusión y las herramientas de organización rara vez son las mismas.**

Las plataformas que generan más ruido mediático no son las que hacen el trabajo pesado de coordinación.

Mientras tanto, en Fotolog del otro lado de la cordillera, aquí en Argentina, jóvenes de la misma edad que aquellos que en Chile coordinaban una movilización ciudadana construían la identidad de las tribus urbanas. Acá Cumbio se convirtió en la cara visible de los floggers que se juntaban en las escalinatas del Abasto. Allá decenas de miles de jóvenes secundarios se iniciaban en la acción política.

La misma plataforma. Resultados distintos.

Egipto 2011: La revolución que no fue de Twitter

Dos millones de personas llenan Plaza Tahrir. Mubarak cae. Los medios occidentales: “Revolución Twitter”.

Los datos:

- Penetración de internet: 25%
- Usuarios de Twitter: 0.2% de la población
- Usuarios de Facebook: 6%

¿Cómo se movilizaron millones si solo una fracción tenía redes sociales?

Twitter no organizó la revolución egipcia. La presenció. Fue crucial para presión internacional y diáspora. Pero la organización en el terreno ocurrió en mezquitas, cafés, SMS y boca a boca.

Los 2 millones en Tahrir no consultaban sus timelines. Respondían a redes comunitarias previas a Jack Dorsey.

Cambridge Analytica 2016: Infraestructura explotada estratégicamente

Estados Unidos. Cambridge Analytica cosecha datos de 87 millones de usuarios de Facebook sin consentimiento durante los años previos a que Facebook suba las barreras de protección de los datos personales. En 2016 los usa para microtargeting político a escala industrial. El escándalo revela cómo una plataforma con arquitectura específica de datos personales puede ser explotada con recursos, estrategia y objetivos claros.

¿Facebook eligió a Trump? No. Pero actores políticos con recursos como Steve Bannon identificaron las posibilidades que la arquitectura de Facebook ofrecía y las explotaron estratégicamente. Meta diseñó una plataforma para conectar personas y vender publicidad. Operadores políticos la convirtieron en infraestructura de manipulación electoral.

La plataforma proporcionó la arquitectura explotable. Los operadores eligieron explotarla.

Brasil 2018–2022: Infraestructura en disputa

WhatsApp se convierte en la arteria principal de la campaña de Bolsonaro. Grupos masivos, cadenas virales, información (y desinformación) circulando a velocidad industrial por la plataforma de mensajería más usada del país.

Cuatro años después, 2022: Lula enfrenta el mismo ecosistema y debe aprender a usarlo. La misma infraestructura. Proyectos políticos opuestos. Ambos intentando dominar el espacio de comunicación donde están los brasileños.

WhatsApp fue diseñado para mensajería personal cifrada. Los brasileños lo convirtieron en territorio de disputa política. Meta no eligió esto. Los usuarios — organizados — refuncionalizaron la infraestructura.

COVID-19: El acelerador generacional

Y entonces llegó la pandemia. Marzo 2020: el mundo se encierra. Escuelas cerradas. Universidades online. Socialización prohibida. Para la denominada generación Z, los años formativos de adolescencia y juventud ocurrieron **enmarcados en pantallas**, .

Esto no fue solo “más tiempo online”. Fue una transformación estructural de cómo una generación entera socializa, se politiza y organiza.

Discord, que era para gamers, se convirtió en el salón de clases, el café, el espacio de encuentro. TikTok, que era para bailecitos y *challenges*, se convirtió en la fuente de noticias, educación política, identidad. Las plataformas dejaron de ser “herramientas digitales” para convertirse en **el territorio donde transcurría la vida.**



Cuando en 2024–2025 esta generación sale a las calles en Nepal, Bangladesh, Kenya, Indonesia, no están “llevando lo digital a lo físico”. Están llevando su **infraestructura natural de organización** al espacio público. Para ellos, Discord no es “una app”. Es donde viven.

Los millennials usábamos redes sociales. La generación Z **habita** las plataformas digitales.

Esta diferencia no es cosmética. Explica de alguna forma la velocidad: gobiernos derrocados en 2–3 semanas. Explica la escala: 145,000 personas deliberando simultáneamente. Explica la fluidez: de TikTok a Discord a la calle en horas.

El COVID tampoco “causó” las protestas de la generación Z. Pero aceleró dramáticamente la alfabetización digital y normalizó el rol de las plataformas como espacios primarios de una nueva forma de vida colectiva mediada completamente por las pantallas.

Cuando los jóvenes nepaleses recurrieron a Discord tras el bloqueo de redes sociales, no estaban “innovando”. Estaban *yendo de la cama al living*.

Argentina: Discord fuera del radar

Durante y después de la pandemia, mientras Gen Z pasaba años en pantallas, Discord fue donde las ideas de Milei tuvieron gran acogida. No militante, sino orgánicamente. Ahí surgieron memes, figuras con liderazgo de nicho. Conversaciones que pasaron completamente fuera del radar de medios y analistas tradicionales que no habitaban esos espacios.

¿Discord radicalizó argentinos hacia el libertarismo? No. Discord fue el espacio donde jóvenes frustrados con la política tradicional encontraron comunidad durante el aislamiento y elaboraron identidad política alternativa.

La frustración económica ya existía. El hartazgo con el establishment ya existía. Pero el COVID les dio años de tiempo confinado en pantallas para convertir esas frustraciones en cultura política organizada.

Myanmar: Cuando te quitan el martillo

4 de febrero 2021: el gobierno militar bloquea Facebook, usado por la mitad de la población.

Si Facebook fuera el “organizador” del Movimiento de Desobediencia Civil (CDM), el bloqueo debería haber colapsado las protestas.

No lo hizo.

1.4 millones de trabajadores gubernamentales ya estaban organizados en redes offline. Cuando Facebook cayó, migraron a Telegram, Signal, apps peer-to-peer, VPNs. **La organización persistió porque existía independientemente de la plataforma.**

Cuando te quitan el martillo, buscas otro. O usas tus manos.

Kenya: TikTok para amplificar

Kenya, junio 2024. Creadores de TikTok explican el Finance Bill en videos virales. Jóvenes entienden cómo los impuestos los afectan. Protestas masivas. Gobierno retira el proyecto.

“¡TikTok derrocó al gobierno!”

No. Los keniatas derrocaron una política injusta. TikTok fue el megáfono para educación política masiva. Pero la coordinación táctica ocurrió en WhatsApp y Telegram. La movilización surgió de frustración económica real, no de un algoritmo.

TikTok democratiza la amplificación (cualquiera con cero seguidores puede alcanzar millones). ¿Eso lo hace revolucionario? No más que Fotolog hizo revolucionarios a los pingüinos en 2006. La tecnología cambia. La dinámica de difusión vs organización permanece.

De vuelta a Nepal

Pranaya Rana, periodista en Katmandú: “Dado que Discord permite identidades anónimas, cualquiera puede participar. No es necesario ser Gen Z ni siquiera nepalí. Alguien podría infiltrar el grupo fácilmente e influir en la conversación”.

Get Juani Belbis's stories in your inbox

Join Medium for free to get updates from this writer.

Subscribe

La votación que resultó en Sushila Karki no fue un proceso democrático perfecto. Fue una encuesta amplificada por legitimidad en las calles.

El ejército aceptó el resultado no porque Discord tuviera poder mágico, sino porque **145,000 jóvenes en las calles respaldaban esa decisión**. La plataforma facilitó agregación de preferencias. La legitimidad vino del poder popular.

Si 145,000 bots hubieran votado sin respaldo en las calles, el ejército los habría ignorado.

La arquitectura importa, pero no determina

Las plataformas no son idénticas. Y no son neutrales. La arquitectura técnica importa porque **facilita o dificulta ciertos usos**. Los dueños importan porque sus decisiones políticas afectan qué es posible de hacer, y qué derechos se

privilegian. Censura o libre expresión, anonimato o asignación de responsabilidades, recomendaciones algorítmicas o comunicación directa.

Cuando Musk compra Twitter y cambia políticas de moderación, eso no es “neutral”. Cuando Meta modifica sus herramientas de *fact-checking*, eso tiene consecuencias políticas. Y orígenes políticos.

Pero — y esto sigue siendo crucial — **el uso que las personas hacen de esas infraestructuras puede ir en direcciones completamente inesperadas.**

Discord es difícil de monitorear externamente: útil para deliberación democrática bajo vigilancia estatal Y para coordinación extremista fuera de escrutinio público.

Signal tiene cifrado robusto: protege activistas de regímenes autoritarios Y protege células criminales.

Twitter bajo Musk favorece menos moderación: permite más discurso político libre Y permite más desinformación y discurso de odio.

Las mismas características arquitectónicas tienen consecuencias políticas opuestas según quién las usa y con qué objetivos.

Quizás 4Chan y sus bifurcaciones posteriores se convierta en un caso paradigmático sobre el sesgo en la propia plataforma, donde el diseño mismo tenía una carga ideológica. Pero como en todo fenómeno se plantea como una excepcionalidad, que probablemente merezca un análisis particular.

El dilema ético permanece: ¿Cómo diseñamos infraestructuras digitales que maximicen libertad de organización democrática y minimicen daño autoritario, sin convertirnos nosotros mismos en árbitros autoritarios del discurso?

No hay respuesta fácil. Pero la respuesta definitivamente no es atribuir agencia a las plataformas cuando nos gustan los resultados y demonizarlas cuando nos disgustan.

La pregunta que importa

Tras pasar más de veinte años observando tecnología y política — desde SMS en España 2004, Fotolog en Chile 2006, Facebook y Cambridge Analytica en 2016, WhatsApp en Brasil 2018, el salto generacional del COVID 2020–2022, hasta Discord en Nepal 2025 — me es necesario intentar aportar algunos matices a esta conversación. Si las plataformas no son sujetos sino herramientas, ¿qué deberíamos preguntarnos respecto de ellas?

- **¿Quién la usa?** (demografía, alfabetización digital, objetivos)
- **¿Para qué?** (amplificación, coordinación, deliberación, evasión de censura)
- **¿En qué contexto?** (crisis política/económica/social)
- **¿Con qué alternativas?** (herramientas disponibles o bloqueadas)
- **¿Con qué consecuencias?** (objetivos políticos reales o solo ruido)

Estas preguntas son más difíciles que “Discord eligió primera ministra”. Requieren análisis matizado, contexto histórico, comprensión política local.

El contexto político determina quién usa qué y para qué. La plataforma solo proporciona el espacio.

Es fácil caer en las definiciones del estilo “Revolución [Plataforma X]”. Es clickeable, memeable, simple. Pero es profundamente erróneo y peligrosamente engañoso.

Erróneo porque **atribuye agencia a herramientas inertes**. Discord no eligió nada. TikTok no derrocó a nadie.

Engañoso porque **invisibiliza a la gente organizada**. Convierte agentes humanos en usuarios pasivos de tecnología mágica.

Es como decir “los fusiles ganaron la independencia americana”. Los fusiles eran necesarios pero no suficientes. Los revolucionarios eran indispensables.

Cuando la cultura pop derroca gobiernos reales

Para terminar, pero con una relevancia fundamental en toda esta conversación, hay otro fenómeno que merece atención: **la cultura pop como lenguaje político global**.

Anonymous, desde 2008. Las máscaras de Guy Fawkes de *V de Vendetta* se convierten en uniforme de protesta global. De Occupy Wall Street a protestas en Brasil, Turquía, Tailandia.

Hong Kong, 2019. Pepe the Frog — apropiado por la alt-right estadounidense años antes — es resignificado por manifestantes como

símbolo de resiliencia democrática. El mismo gesto de tres dedos aparece en las calles.

Tailandia, 2020. Manifestantes pro-democracia se visten como personajes de Harry Potter. Voldemort representa al gobierno autoritario. Los estudiantes son el ejército de Dumbledore. El saludo de tres dedos de *Hunger Games* se convierte en símbolo de resistencia, tan omnipresente que el gobierno intenta prohibirlo.

Myanmar, 2021. El saludo de Katniss Everdeen se replica en manifestaciones contra el golpe militar. Tres dedos levantados: unidad, esperanza, resistencia.



¿Qué está pasando aquí? Los símbolos de la cultura pop se están convirtiendo en lenguaje político que trasciende ideologías, partidos y fronteras nacionales.

Esto no es trivial ni superficial. Es un cambio fundamental en cómo se construye identidad colectiva en movimientos del siglo XXI.

Por qué importa:

1. Lenguaje generacional compartido. Gen Z global creció con las mismas películas, series, videojuegos. Harry Potter no es solo británico. Hunger Games no es solo estadounidense. Son experiencias culturales transnacionales que proporcionan un vocabulario simbólico común.

2. Evasión de censura. ¿Cómo censuras Harry Potter? ¿Arrestas a alguien por disfrazarse de Hermione? Los gobiernos autoritarios se ven ridículos persiguiendo símbolos de cultura pop, lo que hace estos símbolos políticamente efectivos.

3. Accesibilidad emocional. No necesitas estudiar teoría política para entender que Voldemort = autoridad opresiva. Las narrativas de cultura pop ya hicieron ese trabajo emocional. Los manifestantes solo están aplicando esas narrativas a su realidad política.

4. Solidaridad transnacional. Cuando tailandeses usan el saludo de Hunger Games y lo ven birmanos, hay reconocimiento instantáneo. No necesitan hablar el mismo idioma. El símbolo comunica: “estamos en la misma lucha”.

5. Superan partidos e ideologías. Los símbolos de cultura pop no vienen con bagaje partidario. No son “de izquierda” o “de derecha”. Son suficientemente flexibles para que diferentes movimientos los adopten con significados locales específicos.

Pero — y aquí está lo crucial — estos símbolos no actúan solos.

El gesto de tres dedos no derrocó al gobierno tailandés. Personas organizadas usaron ese gesto como mecanismo de identificación colectiva mientras coordinaban protestas, enfrentaban represión y construían solidaridad.

Harry Potter no liberó a Hong Kong. Manifestantes eligieron esos símbolos estratégicamente porque resonaban con su generación y evadían censura directa.

Los símbolos culturales son **infraestructura emocional y comunicativa**. Igual que las plataformas digitales son infraestructura de coordinación. Ambos facilitan organización, pero ninguno la causa.

Las personas deciden qué símbolos adoptar, qué significados les dan, y cómo los usan tácticamente.

Estos símbolos de cultura pop están demostrando ser más resilientes y portátiles que banderas partidarias o consignas ideológicas tradicionales. Un joven en Nepal puede no saber nada sobre la historia política tailandesa, pero reconoce instantáneamente el saludo de tres dedos.

Esto no significa que la política se está volviendo “superficial”. Significa que **los mecanismos de construcción de identidad colectiva están cambiando**. En lugar de afiliación partidaria o ideología declarada, la generación Z construye identidad política a través de referencias culturales compartidas que luego llenan de contenido político específico a sus contextos locales.

Pepe the Frog en Hong Kong no significa lo mismo que Pepe en 4chan. Pero el símbolo proporciona un punto de entrada emocional que permite organización más rápida que debatir teoría política.

La cultura pop se ha convertido en el *esperanto* de la protesta global. No porque sea superior a la ideología, sino porque es el lenguaje que esta generación ya habla.

Conclusión: Las personas deciden, las plataformas facilitan

Volvamos al inicio. Discord en Nepal. Discord en Charlottesville. Misma infraestructura, usos políticos opuestos.

¿La lección? **Las plataformas no son sujetos políticos. Las personas organizadas sí.**

Las plataformas tienen dueños con agendas. Tienen algoritmos con sesgos. Tienen políticas que cambian. Elon Musk comprando Twitter no es un evento neutral. Meta modificando verificación no es neutral.

Pero lo que finalmente importa es qué hacen las personas con esas infraestructuras. Cómo las usan, para qué fines, en qué contextos políticos, con qué símbolos construyen identidad colectiva.

145,000 nepaleses no fueron “usados” por Discord. Usaron Discord estratégicamente para coordinarse, deliberar y construir legitimidad democrática en un momento de crisis. Esa agencia es de ellos, no de la plataforma.

Los manifestantes tailandeses no fueron “manipulados” por Harry Potter. Eligieron esos símbolos porque resonaban con su generación, evadían censura y permitían solidaridad transnacional. El gesto de tres dedos fue su decisión táctica, no una imposición de Hollywood.

Los supremacistas de Charlottesville no fueron “radicalizados” por Discord. Eran supremacistas que buscaban infraestructura para coordinarse y reclutar. Discord proporcionó el espacio, pero la ideología y la violencia eran previas.

Podemos y debemos criticar a empresas tecnológicas por sus decisiones políticas, sus algoritmos sesgados, su moderación inadecuada o excesiva. Esas son conversaciones válidas y necesarias.

Pero nunca, nunca, confundamos la infraestructura con los actores políticos. Nunca atribuyamos a algoritmos, plataformas o símbolos culturales lo que pertenece a la voluntad y agencia humana.

Los movimientos colectivos son la expresión de un conjunto de voluntades que se organizan, se expresan y actúan. Las plataformas digitales son los espacios — sesgados, corporativos, imperfectos — donde esa organización ocurre en el siglo XXI. Los símbolos de cultura pop son el lenguaje compartido que facilita identificación colectiva, aún por encima de los partidos políticos y las ideologías. Pero ni los espacios ni los símbolos actúan solos.

Las personas eligen las plataformas. Las personas adoptan los símbolos. Las personas deciden qué significan y cómo usarlos.

Cuando lean “Discord elige primera ministra”, traduzcan: “145,000 personas organizadas construyeron consenso democrático usando Discord como infraestructura de coordinación en contexto de crisis política”.

Cuando lean “TikTok derroca gobierno”, traduzcan: “Jóvenes organizados usaron TikTok para educación política masiva que facilitó movilización que forzó cambio gubernamental”.

Es más largo. Menos clickbait-friendly. Pero infinitamente más preciso.

Y en un mundo donde el determinismo tecnológico nos seduce constantemente con narrativas simples — donde las plataformas son villanas o heroínas según nos convenga, donde pensamos que un gesto de tres dedos “causa” revoluciones — la precisión no es pedantería académica.

Es la diferencia entre entender el poder o fetichizarlo. Entre analizar movimientos sociales o romantizar tecnología y símbolos.

Es reconocer que las revoluciones las hacen personas organizadas, no los algoritmos ni las franquicias de Hollywood.

Juani Belbis